



# EL COMPAÑERO

*Juan Felipe Simón Sanjuán*

Acabo de llegar a la oficina y ya, aunque por un instante, nos hemos cruzado las miradas. Sabía que mi compañero me había estado observado antes, de la manera que él lo hace, y no he podido (¿o no he querido?) rechazar ese intercambio. Después de todo no era la primera vez. Está casado, como yo, pero eso no tiene mucha importancia. Es agradable y simpático, muy varonil y... guapetón, vamos. Como nuestros lugares de trabajo se encuentran en despachos casi contiguos, tampoco es complicado disimular miradas y fortuitos encuentros. De habernos hallado trabajando entre las mismas paredes habrían podido surgir complicaciones pero, separados como estamos, pasamos desapercibidos.

Fue en la cafetería. Aunque llevamos algunas semanas viéndonos esporádicamente en la misma Empresa, esa mañana lo deseé como nunca. ¡Y cómo me miraba él! Me hablaba sin abrir la boca. Sus ojos despedían un volcán de emociones y de anhelos. Con la excusa de llevarnos el café a la boca para beber, nos estábamos bebiendo, pienso, el uno al otro. ¡Qué extraña sensación sentí ante su penetrante ojeada! No es que esté muy segura, pero creo que me acariciaba, que me desnudaba con los ojos, con la cara, hasta con la mano que en ese momento sostenía el vaso inmóvil sobre su boca.

Y no es que atravesase ningún bache con Luis. Yo, con mi marido, siempre me he comportado correctamente. Las relaciones son las normales, las de siempre, desde luego; ningún disgusto entre nosotros, salvo los normales. Lo de él es... eso, cosa del trabajo. ¿Qué nos miramos un poco más que el resto de los compañeros...? Bueno, y qué. Una, después de todo, es una mujer. Con Luis ni el menor problema. Atiendo mi casa y a mis dos hijas como la primera, pero sigo siendo mujer y él, mi compañero, es... un hombre. ¿Quién me podría acusar de algo? ¿Acaso no cumplo con mis obligaciones?

Ha transcurrido un mes desde lo de la cafetería y eso, lo que allí ocurrió, se ha repetido casi todos los días. Incluso me ha insinuado, con rebuscadas palabras, que tomásemos una copa juntos, quiero recordar. Pero tuve que buscar rápidamente una excusa adecuada para negarme; la verdad es que en esos días no hubiera querido encontrarme con él. Yo creo que sí captó la razón real y no la que, de malas ganas, tuve que explicarle.

Ciertamente me encuentro a gusto en este trabajo, hay buen ambiente y excelentes compañeros. Si no me engaño, durante los dos últimos meses vengo al trabajo como más ilusionada. No es que en mi casa esté descontenta, pero aquí... En fin, es distinto. No me costó apenas nada aceptar su invitación, que además estaba esperando. Era la segunda vez que me la hacía. Me parece que lo hemos llevado con mucha discreción. Mañana saldremos los dos una hora antes del trabajo; bueno, él lo hará un poco antes, para evitar coincidencias. Iremos a esos apartamentos, están muy cerquita y el aparcamiento ni se ve desde la carretera.

Sólo llevamos aquí una hora juntos y me parece haber estado así, abrazada a mi compañero, siempre, en infinidad de ocasiones anteriores. Era como yo lo imaginé. Esta hora de dorado ensueño, de ilusiones compartidas, ¿será inmortal?. Pero lo que me pregunto con insistencia sin hallar todavía respuesta es: ¿Por qué me encuentro tan segura con él? ¿Por qué soy ajena a toda duda?

Todo ha salido como pensaba, y las niñas ya están con Luis. Le avisé que las recogiera hoy, porque iría junto con otras a visitar a una compañera enferma en su casa. No diría la verdad si no dijera que me siento muy feliz. Luis y yo tenemos trabajo y las niñas, salud. No es que me queje de Luis en la cama, pero esto es distinto. ¡Qué alegría haber encontrado este trabajo! Ya hemos quedado en el mismo apartamento para la semana que viene. No sé cuánto durará porque yo con Luis casi no tengo diferencias, y cumplo con todas las obligaciones de madre. Mañana, a las nueve, otra vez en el trabajo.

Por supuesto que al margen de este sueño no creo que le haría eso nunca a Luis.

